

glattera, éstas se ensanchaban hasta pasar por ellas Rusia entera.

Aquí también Napoleón procedió de la manera despótica é inicua que le era propia, pues antes de dar el decreto de confiscación de los buques americanos que hubiesen entrado en Francia y países aliados á contar del 20 de Mayo de 1809, fecha del decreto de los Estados Unidos, daba por bajo mano orden á Holanda y á España con ocho días de antelación; 16 de Mayo de 1810, para que se confiscaran los buques americanos. Este ruín proceder, indignó á Luís, que le declaró que no podía obedecer ni quería cubrir su nombre con la infamia de un acto que equivalía á un robo.

Fouché, pues, considerando ya á Francia en guerra con los Estados Unidos á causa de tan grande iniquidad, hacía que se le ofreciera á Wellesley el apoyo de un ejército francés para que se indemnizase de lo que había gastado contra Napoleón á expensas de sus antiguas y emancipadas colonias.

Así estaban las cosas, cuando llegó á conocimiento de Napoleón que Labouchere se entendía con Ouvrard y trataba no sabía qué cosas con Inglaterra, cuando el regreso de Labouchere de Londres



Salida de María Luísa, de Viena

le había hecho creer que nada se había conseguido. Ordenó, pues, á Luís que se le comunicara la correspondencia de Labouchere, y ni uno ni otro vieron en ello inconveniente, creyendo en regla á Ouvrard. Cuando Napoleón vió lo que éste traía entre manos, dispuso que se abriera una información para averiguar si en realidad andaba ó no comprometido su ministro de policía, de lo que no tardó en tener el más formal convencimiento. En un primer arranque de cólera, quiso hacer prender á Fouché y hacerlo condenar por reo de alta traición, pero luego reflexionó, vió el ridículo de que iba á cubrirse su famoso imperio, en el que cada ministro hacía lo que se le antojaba, y resolvió destituir á Fouché de su cargo, confiándole, empero, el gobierno de los Estados romanos, pero cuando ya Fouché estaba en Marsella se enteró Napoleón de lo de Fagan y entonces fuera de sí le mandó desterrado á su senaduría de Aix, ordenándole que entregara todos sus papeles, de lo que se excusó el solapado ministro de policía, diciendo que los había quemado por temor. Así terminó este incidente tan característico de la situación interior de Francia.

Talleyrand, pues, podía contar ya con un gran auxiliar para su campaña antinapoleónica.

Dió el emperador á Fouché por sucesor á Savary quien tuvo la impudencia de escribir en sus memorias el siguiente pasaje á propósito de su nombramiento: «Yo inspiraba miedo á todo el mundo; así cada uno al saber mi nombramiento hacía su maleta; y no se oía hablar mas que de destierros, de prisiones y de otras cosas peores; en fin, yo creo que la noticia de la aparición de una peste en cualquier punto de la corte, no hubiese causado tanto espanto como mi nombramiento de ministro de policía.» Esto escribió el duque de Rovigo y esto indica que Francia conocía bien al hombre que se había encargado de prender y hacer asesinar al duque de Enghien, y que estaba dispuesto hacer lo segundo con el rey de España Fernando VII, ya que hizo con él también lo primero con la mayor perfidia y dolo.

Que este terror era justificado, lo prueba el que por este tiempo volvió á reaparecer la Bastilla, pero no una Bastilla, sino ocho bastillas ó prisiones de Estado, en las que serían encerrados todos aquellos que pudiendo comprometer con sus relaciones los asuntos políticos, se creyera conveniente sacarles de en medio para impedir sus imprudencias, todo lo cual, se hacía después de todo en beneficio de esos mismos hombres á quienes hubiera sido preciso matar para que no comprometieran la seguridad del Estado. Y esta restauración de la Bastilla se votó por el Senado de Napoleón en el que tenía

asiento el general conde Hullin el vencedor de la Bastilla.

Todo esto explica el terror de que se sintió poseído Luís, rey de Holanda, cuando vió que las tropas francesas de ocupación en Holanda, que no debían pasar de 6.000, iban ya para los 30.000, iban acercándose por todas partes á Amsterdam formando un círculo á su alrededor, Napoleón irritado por la negativa de Luís sobre confiscar los barcos holandeses que habían arbolado la bandera americana, había resuelto acabar con el gobierno de Luís á quien el día 23 de Mayo ya le decía que le escri-



Besamanos de María Luísa, en París

bia por última vez. Pero Napoleón avanzaba ahora para realizar el plan que se había propuesto de apoderarse á la quieta de los Estados de su hermano y de su persona. Luís, recordando su verdadera prisión de París, y en vista de que no podía contar con sus súbditos para encerrarse dentro de Amsterdam y sepultarse en sus ruínas, resolvió renunciar á su corona, comunicándolo al Cuerpo legislativo en un mensaje de despedida muy sentido y digno, en el cual declaraba que comprendía que había acabado su vida política y que no quería ser obstáculo á la reconciliación posible de Holanda y Francia.

Cuando el Cuerpo legislativo holandés se enteró de la renuncia de su soberano, éste había desaparecido y nadie sabía lo que era de él, causando esta desaparición un verdadero terror pánico, pues apenas si había quien no dudara en algún crimen atroz de Napoleón, pues de todo se le creía capaz. Sin embargo, no fué así. Luís había salido de Harlem por la noche del 1.º de Julio de 1810 y no se

detuvo en su carrera hasta dar en los baños de Toeplitz, en Bohemia, en donde llegó el día 9.

Durante un mes, el emperador, Holanda, Francia y Europa ignoraron lo que había sido de Luís, y como se juzgaba á Napoleón capaz de todo y nadie creía en sus protestas, durante un mes estuvo en un potro sufriendo las más terribles acusaciones que hallaban eco en su misma familia. Y como el mismo día en que llegaba Luís á Toeplitz, publicaba el *Moniteur* un simple decreto reunido la Holanda á Francia, y esto cuando aún ignoraba Napoleón lo ocurrido, en la coincidencia de la publicación del decreto y fuga de Luís, se veía la prueba clara de un crimen que en vano se quería ocultar. Cuando, digámoslo así, resucitó Luís y se desvancieron las injuriosas sospechas, la anexión de Holanda se presentó como uno de los más inicuos despojos llevados á cabo por Napoleón, por cuanto hizo víctima á su hermano. Europa se dió por advertida, Austria se puso más recelosa que nunca, y una gran

guerra para poner freno á la avidez de Napoleon se apoderó de la atmósfera de todos los pueblos europeos.

No fué, empero, ciertamente, el disgusto de ver como Luis con su escapada ponía en descubierto sus planes, el más grave que sufrió durante el verano de 1810. No fué Luis, sino Bernadotte, quien se lo dió, y esto de la manera más inesperada.

El rey Gustavo IV había sido expulsado de sus Estados. Sus yerros políticos fueron la causa determinante de la revolución del año 1809, pero también influyó en ella sus manías reaccionarias. Gustavo no quería, como su antecesor, tener relaciones con la revolucionaria Francia. Para él Napoleon era el sucesor de Robespierre y nada más, y no es exagerado sino muy cierto lo que dice el historiador de Rusia, señor Rambaud, de que en Napoleon, Gustavo IV, gran lector de la *Biblia*, no veía más que á la bestia del *Apocalipsis*. De aquí que fuera siempre de aquí para allá en su política exterior, lo que le puso en guerra con todos sus vecinos y naturales aliados. Así, como ya hemos indicado, estuvo en guerra con Francia su enemiga, con Rusia ó Inglaterra sus naturales aliadas, y si no estuvo en guerra con Dinamarca, fué por no necesitar de su concurso Inglaterra, pero fué como si lo estuviera, puesto que en Helsingfors felicitó al almirante Gambier, al destructor de Copenhague, como si la victoria de Inglaterra sobre los dinamarqueses fuera una victoria suya. Gustavo acabó por ser el aliado de Inglaterra, y en 18 de Febrero de 1808 celebró con esta potencia un tratado de subsidios que la puso enteramente en frente de Rusia, á cuya potencia había dado Napoleon carta blanca sobre Suecia.

Alejandro, antes de sacar su espada contra su cuñado, procuró hacer entrar á Suecia en la liga que él había hecho con Napoleon, pero el de Suecia, más constante y caballero, no quiso hacer traición á los ingleses y entrar en el sistema continental, devolviéndole airado á la primera indicación que se le hizo, el cordón de San Vladimiro.

Declarada la guerra, los rusos atravesaron el Kiúneu, que de muy antiguo era el límite que separaba Rusia de Suecia, y al finalizar el mes de Marzo, la Finlandia era ya conquistada, pues todas sus fortalezas, aun las reputadas como inexpugnables como Sveaborg, cayeron en manos de los rusos. Pero la fortuna abandonó por un momento á los rusos, y Klingspor obtuvo sobre ellos dos señaladas victorias, pero el número dió pronto cuenta de la pericia y heroicos esfuerzos del general sueco, que tuvo que retirarse á la Bothnia, abandonando á los rusos

la Finlandia. Tal fué el resultado de la campaña de verano.

Fortificados los rusos en las islas Aland situadas en el mar Báltico á la entrada del golfo de Bothnia, y concentradas en ella buena parte de sus fuerzas, al caer el invierno, cuando el frío hubo helado el Báltico, salieron de allí formados en tres columnas á las órdenes de Kulner, Bagration y Barclay de Tolly, y apostaron á la costa sueca, amenazando desde luégo á Stoskholm. Este golpe, cuya audacia acreditaba el valor de las tropas rusas, junto con las proclamas difundidas en el ejército sueco, por el que se ofrecían buenas recompensas á los soldados finlandeses que desertaran con armas ó sin ellas, y la actitud resuelta de Alejandro en favorecer á la Finlandia, á la que le conservó su título de Gran ducado, sus privilegios, su universidad y su constitución, produjo tal efecto, que Suecia entera pareció que iba á entrar en una completa disolución, originándose de aquí una sublevación de carácter puramente militar, como que eran los que más habían sufrido en la campaña, y el día 13 de Marzo de 1809, Stockholm vió á su rey preso junto con su familia, á la que se encerró por algún tiempo en Drottingholm; al recuperar la libertad el pobre rey, salió de su patria llamándose el coronel Gustafson, el hijo de Gustavo, y con este nombre la recorrió, sin conseguir recuperar sus Estados hasta el día de su muerte,—1837.

Heredó sus Estados y su corona su tío Carlos, el XIII de su nombre en Suecia, que fué quien firmó la paz con Rusia en Frederidisham, cediendo al tsar la Finlandia hasta la Tornea. No tenía hijos, por lo que adoptó al príncipe de Augustenburg, pariente por parte de su hermano del rey de Dinamarca y en cuya cabeza se esperaba que podrían ceñirse las tres coronas escandinavas, esto es, las de Suecia, Noruega y Dinamarca. Pero este príncipe murió de un ataque de apoplejía al pasar una revista á las tropas en Mayo de 1810, la que no se dejó de atribuir á otras causas por los que tantas ilusiones se habían forjado con su advenimiento al trono, y el conde de Fersen, el gran partidario del rey caído, fué asesinado por el populacho que persiguió acaloradamente á todos los individuos de la familia reinante caída y á cuantos pasaban por sus amigos públicos ó secretos.

Sin sucesor el trono de Suecia, Carlos XIII mostróse dispuesto á adoptar al hermano del difunto príncipe de Augustenburg, pero ya no se atrevió á hacerlo sin consentimiento de Napoleon, y dicho se está que éste, al ver que podía atrapar otra corona

para una de sus hechuras sin mostrarse hostil al candidato del rey de Suecia, le significó que tenía otro candidato pero sin dejar entrever quién era, para no incurrir en el desagrado de Rusia. Así por bajo cuerda hacía que el rey de Dinamarca presentara su candidatura, lo que este menguado príncipe hizo escribiendo directamente al rey de Suecia.

Era el rey de Dinamarca Federico VI tan impopular en Suecia, que el anuncio tan sólo de su candidatura produjo poco menos que un levantamiento general del país. Este disgusto y esta resolución de Suecia no se calmó cuando Napoleon trató de imponerlo haciendo publicar en el *Journal del Empire* un artículo semi-oficial que le presentaba como su candidato, y aunque en esta repulsión había algo que era movido por los partidarios de Gustavo IV, y algo más elevado, que era el deseo de sustraer la Suecia al influjo francés ó napoleónico, en el fondo existía una antipatía por el hombre que al heredar la corona de su padre heredaba su sumisión al emperador de los franceses. No quiere esto decir que el llamado partido nacional quisiera romper de nuevo con Francia. Esto no le era posible sin abrir de nuevo la guerra con Rusia. Quería estar con él en buenas relaciones, pero en relaciones de amistad y no de dependencia. Era, pues, necesario buscar un nuevo candidato y este candidato lo encontró un simple subteniente del ejército sueco, el barón Mörner.

Al ocupar los franceses la Pomerania, tocó su mando al general Bernadotte, por cuyo motivo entró en relaciones con suecos de distinción que le mostraron repetidas veces cuanto les complacía su trato franco y liberal, pero dicho se está que en aquel entonces nadie, ni aun en sueños, vió la posibilidad de que Bernadotte fundara en Suecia una dinastía, la única dinastía que se salvó de cuantas se crearon bajo la égida de Napoleon y que todavía reina en Suecia y Noruega.

Mörner pensó en hacer de su amigo de Pomerania el rey que necesitaba su patria y marchó á París, se dice sin haberlo antes consultado con nadie, á ofrecer á Bernadotte, al cuñado de Jose I de España, la corona de Suecia. Bernadotte, á quien se habló del partido que en Suecia tenía, no se hizo rogar, y se mostró dispuesto á aceptar la corona de Suecia caso que se la ofrecieran sus cámaras pesara ó no á Napoleon. Este, en honor de la verdad, no tomó la cosa en serio, como se lo dió su ministro de Estado, Champagny, al embajador sueco Lagerbielke, y como no le disgustara ver á su pa-

riente corriendo un ridículo cuando tan grande era su antipatía por él; hizo que el embajador sueco manifestara á su país que él reconocería lo que hiciera el voto de la nación, y esto lo explotan el ladino Mörner y sus amigos como una muestra indirecta de la adhesión de Napoleon á la candidatura del príncipe de Ponte-Corvo.

Reunidos estaban los Estados suecos en el mes de Agosto de 1810 para tratar de dar un sucesor á Carlos XIII y aún cuando su comité estaba por el príncipe de Augustenburg, no tuvo reparo en abandonar á su candidato y aceptar el de su rey, porque Carlos se había dejado ganar por los activos partidarios de Bernadotte que juraban que éste era el verdadero candidato de Napoleon, que le enaltecían como gran general y como hombre capaz de devolver á Suecia todo lo que había perdido ora con sus alianzas, ora con su espada, presentándole por otra parte al pueblo como príncipe riquísimo y generoso dispuesto á pagar con su fortuna la deuda de Suecia, que era tanto como decir que compraba su corona. Y sin embargo, en el fondo nada había de cierto, y nadie podía presumir lo que pasaría si se llevaba adelante la elección de Bernadotte. Bernadotte fué elegido bajo la presión de sus hábiles amigos, declarándole los Estados suecos príncipe real de Suecia por gran mayoría el día 17 de Agosto de 1810.

Cuando Napoleon supo que se explotaba en Suecia su silencio y sus reservas como una prueba de sus simpatías por la candidatura de Bernadotte, se apresuró á desautorizar á los partidarios de su general, pero por más que hicieron sus correos llegaron tarde, y Napoleon tuvo que aceptar los hechos consumados, sin embargo, no supo contenerse por que en él la reserva era imposible cuando se hería su susceptibilidad, y al responder al rey de Suecia que le había participado la resolución de los Estados, le dijo con su poca urbanidad «que no estaba preparado para recibir tal noticia» lo que olvidó más tarde Napoleon al hablar de la ingratitud de Bernadotte.

Pero no se resignó con esto Napoleon y continuó desahogando su mal humor contra los suecos, exaltándose poco á poco hasta el punto de declarar á su embajador Lagerbielke que Suecia eligiera entre enviar sus balas á los ingleses ó recibir las suyas.

Bernadotte fué el encargado de contestarle. Uno tras otro le envió tres despachos para enterarle del triste estado de Suecia, arruinada, sin comercio, y sin medios para hacer ni para sostener una guerra. Bernadotte no se negaba á declarar, empero, la gue-